

LAS BANDAS JUVENILES Y LOS PROCESOS DE SOCIALIZACIÓN*

JUVENTUD, DIVINO TESORO

La delincuencia en el grupo de jóvenes comprendidos entre los 12 y los 18 años se masificó, en el Valle de Aburrá, a lo largo de la década de los 80. Para que esto sucediera se debieron dar múltiples procesos. Las instituciones tradicionales responsables de insertar al individuo en el orden cultural y social perdieron eficacia, mientras que nuevos actores empezaron a cumplir un papel dinámico como generadores de estilos y prácticas de vida. En la ciudad se habían multiplicado las violencias, tales como las vendetas, las acciones de los grupos paramilitares, de la guerrilla o de los grupos de limpieza. Se deterioró la normatividad social y la sociedad se fue desvertebrando.

Gentes que en situaciones de relativa estabilidad y vigencia institucional se comportan como buenos ciudadanos, respetuosos de la leyes y cumplidores de sus obligaciones, en contextos de terror, propiciados por la inorganicidad y la atomización, pueden llegar a la comisión de actos

inimaginables, a proceder abiertamente delictuales y violentos¹.

Esta influencia de lo social es mucho más fuerte en la población joven. Por ello para plantear el tema de la violencia juvenil hay que examinar los procesos de socialización, ya que no puede mirarse de la misma forma la delincuencia o la violencia ejercida por los adultos que la de los adolescentes. La delincuencia juvenil está asociada a procesos de estructuración de la personalidad, y puede afirmarse que en muchos casos es una prolongación del juego infantil. El joven es influenciado por el ambiente, su visión se moldea por los factores predominantes en el medio.

En Medellín los procesos tradicionales de socialización perdieron eficacia. No existían, ni en la escuela, ni en la familia, ni en la Iglesia, los prototipos morales, sociales o culturales que cautivaran a las nuevas generaciones urbanas. Así, las bandas se convirtieron en espacios de socialización alternativos a los institucionales y cumplieron un papel decisivo para

una parte de la juventud, sirviendo como medio de inserción en un mundo simbólico y «normativo» que estructuró unos tipos de personalidad.

La familia, institución básica de la socialización, vivió un profundo reacomodo en todos los estratos sociales. Pero en los sectores populares esta crisis estuvo acompañada de otros factores que la hicieron más conflictiva. El papel de la madre en la familia se fortaleció. Crecieron las estadísticas de madresolterismo, y de los hogares con la mujer como cabeza de hogar. Las mujeres se vincularon masivamente al mercado laboral. Los fenómenos de alcoholismo y drogadicción, la irresponsabilidad paterna, las altas tasas de desempleo, entre otros factores, contribuyeron a que en muchos casos el hombre se desplazara a un lugar discreto en la estructura familiar.

Este cambio de roles influyó para que la imagen de la madre, fuerte de por sí en nuestra tradición, se sobredimensionara, en desmedro de

Alonso SALAZAR
Ana M. JARAMILLO

* Este artículo forma parte del capítulo 7 del libro *Las subculturas del narcotráfico*, de Alonso Salazar J. y Ana María Jaramillo, publicado por Cinep, en 1992. Reproducción autorizada por los autores.

¹ / Uribe, María Teresa. «Los destiempos y los desencuentros» *Memorias del Seminario Internacional de Periodismo*. Rionegro 1990, p. 42.

la imagen paterna. En las encuestas hechas entre estudiantes de bachillerato de zonas populares (Barrio Popular y Santo Domingo), el 94% expresó una opinión positiva de su madre, mientras sólo el 59% respondió que tenía una imagen positiva de su padre. Sobre el padre también respondieron que tenían regular concepto el 8.7%, y malo el 9.6%. Sobre la madre sólo el 2.6% respondió que tenía un concepto regular y ninguno de los encuestados dijo tener mala imagen de su madre². La crisis familiar se manifestó en el crecimiento de la violencia ejercida contra la mujer y el menor. En Colombia, de acuerdo con estadísticas del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar, cada año hay un aumento promedio de un 13% de casos de maltrato al menor, equivalente en promedio a 9.268 casos anuales registrados por abuso físico, sexual o emocional. Según los últimos datos recopilados, entre 50 y 100 mil niños son maltratados anualmente en el país. En un solo semestre del año 86, en los diversos centros asistenciales de Medellín, se

atendieron 7.500 casos de agresión a menores. En la policlínica municipal, de los 3.073 niños atendidos por lesiones, 74 presentaban heridas de bala³.

Estas estadísticas reflejan el impacto de la violencia en los menores y los efectos de un modelo familiar sustentado en el autoritarismo y la intolerancia. Como lo planteó Alvaro Tirado Mejía, la violencia hunde sus raíces en esta realidad:

El autoritarismo caracteriza, en una gran parte de nuestra población, la actitud de los adultos frente a los niños, de los hombres hacia las mujeres y en general, de los poderosos frente a los débiles. Nuestros niños ingresan a la vida y al lenguaje, por decirlo así, en modo imperativo. Un modo verbal, al que como es sabido, no se le plantea la cuestión de si el mensaje es verdadero o falso, sino tan sólo la de si obedece o desobedece. Ordenes, reproches, intimidaciones y casi nunca el procedimiento de la persuasión razonable o de la crítica comprensiva⁴.

En la literatura sobre pandillas juveniles es constante la ubicación de la crisis familiar, y la ausencia de una figura paterna como factor generador de jóvenes delincuentes. En muchas familias, además del amor, falta la necesaria disciplina y, especialmente, la autoridad como modelo positivo de identidad. Esto es más obvio cuando el padre ha abdicado como cabeza de familia. Cuando un joven ingresa a una banda, encuentra en su jefe un modelo de identidad que la familia no le ha proporcionado.

Las madres, en relación con sus hijos delincuentes, manejan un sentimiento ambiguo. Generalmente no comparten lo que hacen, pero los protegen y están con ellos hasta el final. Cuando las actividades del hijo implican ingresos económicos para la familia, el nivel de tolerancia aumenta. Este relato, recogido en un sector del municipio de Bello, resume en parte la situación de la familia:

Las familias son cosa complicada. Yo creo que los viejos nunca termi-

nan de estar de acuerdo con que los pelados se metan a eso, ellos sufren mucho y rezan para que no les pase nada. Pero cuando empiezan a recibir billete se vuelven más frescos, aconsejan mucho a los muchachos, y no hablan mucho de eso, prefieren quedarse callados. Los hermanos que no se meten, también se benefician, siguen estudiando o se ponen a manejar negocios o taxis, cosas que comprenden con el billete de los trabajos.

Por aquí eso es normal, es que muchas familias están untadas. Usted ve por aquí casas sencillas, pero usted entra y tienen todos los lujos, viven a lo bien.

Muchas familias se salvaron por eso, los cuchos trabajaban en Fabricato y a casi todos los echaron. Entonces, como se dice, la necesidad tiene cara de perro; los viejos tienen sus ideas y todo, pero se van aclimatando.

Mucha gente dice que el narcotráfico no es malo, que le hace bien al país

2 / Encuesta realizada en noviembre de 1990 y febrero de 1991 en dos colegios de la Comuna Nororiental.

3 / *El Colombiano*, Medellín, 7, abr., 1991: p. 7B.

4 / Tirado Mejía, Alvaro, Citado por Villa Mejía, Víctor. En: «Una cultura de violencia», *Revista Universidad de Medellín*, Medellín.

porque le entra billete, que el quiere ser vicioso, es vicioso, eso es otro problema. Si el gobierno dejara quieto a los pesados no habría tantos conflictos.

Claro que hay de todo, porque no faltan los viejos que son intransigentes con sus cosas y prefieren ser muy callados y también hay muchos pelados que no se meten.

John Drescher dice que «durante la época de la adolescencia el joven se inspirara por grandes ideas de una u otra índole. Necesita héroes y heroínas. Si no los tiene, los buscará; y si no lo inspiran los buenos, lo inspirarán los malos...»⁵. Las bandas juveniles se constituyeron como una expresión de la subcultura del narcotráfico, donde se encontraron «ideales» y «héroes» que los identificaron.

Uno de los aspectos que más contribuyó al asentamiento del narcotráfico fue su imagen de «benefactor» de la sociedad. Los traquetos se convirtieron en referencia de una buena parte de la juventud. Hobsbaun ha

planteado que la idealización de los criminales es común a las sociedades precapitalistas rurales: «Los bandoleros son campesinos que actúan por fuera de la ley, a los cuales el Estado considera criminales, pero que gozan de prestigio dentro de la sociedad campesina y son vistos como héroes valientes al servicio de una justa causa».

Este proceso se dio en el caso de la violencia, como lo constató María Victoria Uribe. Cuadrilleros como «Desquite», «Sangrenegra», Efraín González y «Lamparilla», por mencionar sólo algunos casos, muertos de manera violenta en enfrentamientos con el ejército, fueron objeto de veneración por parte de los campesinos⁶. Esta situación se replicó de alguna manera en el caso de los «bandoleros urbanos» de Medellín. Los narcotraficantes, y en algunas zonas los sicarios, fueron idealizados. La figura de Pablo Escobar, al mismo tiempo que fue estigmatizada por el Estado y los medios de comunicación, fue mitificada en amplios grupos de la

población, especialmente en sectores populares. Se le consideró como un hombre bueno, con grandes poderes, al que se le quisieron achacar todos los males que tenía el país. Así lo afirmó María de Jesús Moncayo, del barrio Popular:

Yo no soy amiga de nadie. porque amigos no hay; conocidos habemos muchos, amigos... amiga no es ni mi bata, porque de pronto se le caen los botones y me deja en pelota. Pero Pablo Escobar es un tipo que mientras pudo funcionar dio plata y le gustó que el pueblo comiera con justicia, porque cayó en cuenta que un tipo ganando treinta mil pesos al mes para mantener una familia numerosa, no le alcanzaba. El hombre pagaba más; y si usted está varado y le ofrecen sesenta mil pesos por ir a trabajar, usted va. Usted lo que necesita es defender su familia, a toda costa. Y hoy hay delincuentes comunes, hay narcotraficantes, hay de todo y se escudan en una sola persona, que es Pablo Escobar. Y Pablo Escobar no sabe nadie ni siquiera dónde está. Yo conozco a

Pablo Escobar por la televisión, porque como el gobierno lo quiere mucho nos lo muestra todos los días.

Pregunta: Pero él no sólo hace bien, también es responsable de los atentados, de la bombas...

R/ Veá, maldad tenemos todos y ahora lo que tenemos es una mampara. Yo puedo matarlo a usted y decir que lo mató Pablo Escobar; ah, y como él es el trompo pagador, él carga con todo. Una parte de cosas puede que las mande a hacer él, cierto; y otra parte los demás. Pero a él se las acumulan todas. Veá, ¿quién es el principal defensor de la comunidad?: las Fuerzas Armadas. Y aquí en la televisión lo dicen muy clarito, que soldados, que sargentos... que han hecho cosas. Y como hay policías a los que no les pagan un peso, que se les demora el sueldo cuatro o cinco meses, llega otro y les dice: les doy tanta plata y no me sapeen; pues ellos también son humanos, se tienen que defender y defender su familia, y ahí tá.

5 / Drescher, John.
Citado por Zapata, Vladimir.
En: "El reto de educar en una sociedad violenta" *Memorias del Seminario sobre la Comuna Nororiental*.
Corporación Región, 1990, p. 191.

6 / Uribe, María Victoria.
Matar, rematar, contramatar, CINEP,
Bogotá, 1990, p. 191.

En la encuesta realizada en colegios de la comuna nororiental, al preguntársele a los estudiantes sobre a quién consideraban la persona más importante del país, respondió el 21% que Pablo Escobar, el 19.6% se inclinó por César Gaviria y el 12.6% por René Higuita. Al preguntárseles sobre Pablo Escobar, el 56.5% de los encuestados dio una opinión positiva.

Existe entre muchos pobladores la creencia de que Escobar quiso hacer el bien y el gobierno con su guerra lo obligó a realizar cosas que él no quería. En una menor escala, los medianos «capos» y los sicarios de los barrios fueron reconocidos como benefactores. Todo ello indica que las comunidades acogieron a los delinquentes que de alguna manera les representaban beneficios. Quienes realizaban sus «trabajos» por fuera, se convirtieron en los «limpiadores» de sus propias comunidades, y así captaron apoyo.

Este juego de las identidades operó con gran fuerza en la población infantil y adolescente. Algunos maestros de barrios populares han visto cómo sus alumnos juegan a ser de bandas, de autodefensas o de milicias, según el grupo que esté hegemonizando en ese momento. Los niños se identifican con las opciones de fuerza que predominan.

Ellos buscan en otros lugares los «valores» y los modelos para vivir con intensidad, para ejercer su protagonismo, para decir somos así, existimos. Y el ejercicio de la violencia fue una de las formas de lograr que la sociedad los mirara. En las galladas encontraron lo que los otros espacios sociales no les proporcionaron: parceros, amigos, cómplices con los cuales compartir aspectos esenciales de la vida. Las galladas, en términos de comunicación, son espacios de horizontalidad, de iguales que construyen un camino conjuntamente. No existe el sometimiento ni a la autoridad, ni a las normas que no se comparten. De ahí derivan buena parte de su vitalidad.

Las bandas tienen diversos sentidos de identidad:

El sentido (de percepción) del grupo: un sistema de relaciones y de códigos a través de los cuales construyen su identidad. Aquí se combinan relaciones de autoridad voluntariamente aceptadas con una práctica de la solidaridad y de la lealtad que cohesionan el grupo. A pesar de su organización jerárquica, puede afirmarse que en general en la banda predominan relaciones horizontales. Los miembros del grupo son «iguales» entre sí. El jefe de la gallada es un sustituto de los líderes y jefaturas que la sociedad no está pro-

porcionando.

El sentido de la territorialidad: creado en la interacción del grupo con espacios como la esquina, la calle, la barra, el bar y en el uso de las paredes como espacios expresivos. La identidad geográfica va asociada a una mínima identidad de clase. Las galladas son homogéneas socialmente. El territorio se convierte en un símbolo de poder.

El lenguaje y los códigos: la manera en que un grupo habla, bebe, pelea o goza. Sus códigos de comportamiento, su mundo cultural.

La banda es un espacio de encuentro, de construcción de identidades colectivas y de afirmación personal. A la banda la une la diferencia, el buscar ser especiales, ser los mejores. Así, estimulan la autoestima: cada uno de sus miembros busca llevar a cabo acciones cada vez más espectaculares. La dinámica de grupo le impone a sus miembros nuevos desafíos cada día. Este proceso conlleva cambios notorios de personalidad. Así un joven, como varios que conocimos en nuestro trabajo de campo, puede pasar en corto tiempo de tímido y temeroso a aventado y valiente.

Dentro de una subcultura, el recurso del delito y de la violencia no se consideran necesariamente ilícitos,

y quienes los emplean no tienen que confrontar sentimientos de culpabilidad, por razón de sus agresiones (Aparicio, Ramponi. 1985). La subcultura de la violencia incorpora al joven en un orden de valores diferente al código formal de la sociedad: «La pandilla obra como medio ambiente aislante, o subcultura, que los protege de los ataques de fuera, tendientes a devaluar la estima de sí mismos» (Gibbons). La afirmación personal y la incorporación de unos códigos y un lenguaje específico los pone de frente a la sociedad en una perspectiva diferente. En su modelo social se reafirman valores y patrones de la sociedad general y se invierten otros.

De ahí que ellos no tengan la noción de «bien» y «mal», que opera formalmente para el conjunto social. Muchos individuos delinquen sin considerarse «diferentes». Construyen sus propias racionalizaciones, tienen una imagen propia positiva. Estas personas no encuentran en sus acciones delictivas ningún motivo para considerarse culpables. No hay una noción clara de que se esté actuando contra un orden simbólico, contra una norma social. Así lo expresó una joven de banda: «Para mí es mal hecho quitarle alguna cosa a un pobre, una cadena a una señora. Para mí matar no es mal hecho, sobre todo si es a un rico que son los más picados».

Este tipo de mentalidad es reforzado por un medio social donde el delito y la violencia se han generalizado. Así se puede entender este testimonio de un miembro de una banda de un barrio popular: «Aquí se ve gente que hace las peores cosas, hasta las más sanguinarias. Vea la ley: es el gobierno con licencia para matar. Entonces, ¿uno por qué no puede hacer sus cosas?»

Las razones que los jóvenes exponen para ingresar a una banda son diversas. Algunas veces es evidente la situación socio-económica, pero en muchos de los casos conocidos «la pobreza» apareció como una razón secundaria. En este testimonio es evidente la ambigüedad de las motivaciones:

Eso se organiza uno en una gallada o en una banda, por los pensamientos que uno mantenga y las amistades. Es que uno verse sin trabajo piensa mucho, y si tiene obligación con mayor razón.

Por el desempleo y porque a uno le

nace ser malo. Es que si uno es demasiado bueno, malo, y si es malo, que es mejor. Si uno tira a ser bueno se le montan a uno encima.

En el trabajo de campo realizado constatamos que varios de los entrevistados renunciaron a sus trabajos para dedicarse de lleno a la vida de banda. Muchos de ellos se meten «por deporte», porque «les gusta el agite». El imán que más los atrae es la rumba, el goce y la aventura.

LOS CÓDIGOS

La coincidencia del surgimiento del movimiento punk y simultáneamente la masificación de las bandas juveniles, y el hecho de que algunos grupos con estilo punk se hubiesen involucrado en hechos delictivos, ha llevado a asociar las dos imágenes.

Pero el punk y el sicario son cultural y conceptualmente, polos opuestos. El punk es una contracultura, es un movimiento contestatario: abomina la iglesia, la familia, el consumo y los medios masivos. Su manera de ves-

tir es una agresión al orden, al igual que su música y sus rituales. Por el contrario, las bandas juveniles, influenciadas por el modelo del narcotráfico, tienen arraigados aspectos básicos de cultura de la sociedad: son religiosos, machistas y consumistas...

Fueron los fuertes del narcotráfico los que establecieron lo que podríamos denominar el Código Ideal de las Bandas, que todos asimilan y repiten verbalmente pero que no necesariamente cumplen a cabalidad. Estos códigos son siempre relativos, cambian de una banda a otra y aun entre personas de una misma banda. Los más generalizados son:

El estatus lo da la valentía y la capacidad de consumo. «Ese es un varón», se dice del que es valiente, del que no se amedrenta ante nada ni ante nadie. En este aspecto es clave el conocimiento y manejo de las armas.

Generalmente los jefes reúnen estas características. En este tipo de organizaciones gregarias, como lo son las bandas juveniles, el liderazgo se

define por dos factores básicos: la valentía y la capacidad operativa, que se tiene por los contactos.

En relación con la capacidad de consumo, existe un precario sentido de la acumulación y la mayor parte de los ingresos son despilfarrados. Consumir es un símbolo de poder, y es el objetivo final de las acciones:

Cuando Pedro Equis llega a la esquina en severo taxi, pide media de guaro y «tranquilos muchachos que yo pago todo» es porque acaba de «coronar» un cruce raro y ahora el hombre se «enfarrá» con sus 6 u 8 amigos durante dos, tres, cuatro días continuos, hasta que de los 200 ó 300 mil pesos no quede sino el tufo del alcohol y la resaca de la marihuana.

Claro que hay un paréntesis en medio de la farra: siempre en taxi, el hombrecito se va al centro de la ciudad, a los mejores almacenes, y se compra 6 u 8 bluyines Río de los de 6.000 y pico de pesos y zapatos de 15.000 pesos, para regresar de nuevo, siempre en taxi a continuar la celebración⁷.

7 | *El Mundo*, Medellín, 15, feb., 1987.

Por otra parte, lo bueno y lo malo se definen de manera práctica y ambigua: lo bueno es ser «duro», no rajarse por nada, no dejársela montar, ser serio y respetuoso, no ser soplón, robarle a los ricos, matar cochinos y ayudarle a los vecinos más necesitados, apoyar a los compañeros que caen a la cárcel, defender el barrio y, sobre todo, a la familia.

Lo malo, por el contrario, es ser cochino, robarle a los pobres, robar o matar en el barrio, ser desleal con los miembros de la banda, no ser serio, no cumplir los pactos en los negocios, ser soplón, ser picao (petulante, ponepleitos), no consultar al jefe de ciertos negocios, matar mujeres o niños. Este código se rompe, sin embargo, de muchas maneras. Para algunos, por ejemplo, lo único que puede importar es ser fuerte, lo demás no vale. Es decir, existe mucha arbitrariedad en las decisiones, pero ellas se convierten en el punto de referencia para decidir sobre lo que es bien y lo que es mal hecho. Por ello el cumplimiento del código ideal depende fundamentalmente del estatus de la banda, de su nivel de ingresos y de la formación de sus líderes.

La lealtad es tal vez el valor más resaltado en la vida de las bandas. No ser «sapo» o «rana» es la condición para la permanencia. Especialmente se insiste en no ser delator

frente al Estado. Este es un elemento muy arraigado en la tradición popular: los conflictos deben solucionarse por los propios medios, sin recurrir a la autoridad. En las paredes de algunos sectores de la ciudad se han pintado grafitis como los siguientes: Sapos=muerte, ¿Ya compró su ataúd?

Son conocidas las venganzas de los miembros de las bandas contra los pobladores de los barrios que los han delatado. Así hablaba William, miembro de una banda del barrio Popular:

El soplón se muere, eso no es permitido. La banda de la película carro rojo dice: perdóname cabo que no sé cantar. Esa es la base que yo me llevo. Yo he estado 15..20 días esposado en una caneca con agua hasta el cuello, las gñevas temblando. Cantá. Dándole a uno en las uñas. Yo no sé nada de nada, yo no sé quién es. Así sea un enemigo. Yo no lo delato.

Sin embargo en las bandas, y sobre todo en las «oficinas», el dinero y la fuerza terminan imponiéndose sobre la lealtad. Si a alguien le ordenan que debe matar a su amigo, debe hacerlo, pues «Lo mandó el patrón».

Por otra parte, en los sectores populares los habitantes han resuelto la

mayoría de sus problemas al margen del Estado. En la resolución de asuntos relacionados con conflictos personales y venganzas, prefieren las vías de hecho. Esto se cumple aun de manera más estricta en las bandas.

La policía en general es menospreciada y carga con imagen de corrupción. El ejército, por el contrario, es más respetado, pues ordinariamente se considera que no es sobornable y tiene gran capacidad operativa. En su lógica, el sistema judicial se mueve por influencias y por billete, justicia no hay.

La política es también algo lejano y extraño. «No somos devotos de nadie. Para matar a alguien no interesan sus opiniones políticas sino qué tan «duro» es para cuadrar la tarifa», menciona uno en su entrevista. No hay una noción clara de izquierda y derecha en cuestión de partidos, y prima el concepto del «fuerte».

Las opiniones sobre la guerrilla son muy diferentes, ambiguas y contradictorias: «Son bien porque roban para los pobres», «la mafia y la guerrilla son lo mismo», «lo malo de la guerrilla es que lo matan a uno por cualquier cosa, uno se mete y no lo dejan salir», «son fuertes, con ellos no se puede tocar».

En relación con personajes frente a

los cuales buscan identificarse, sobresalen aquellos de las películas de guerra, como el caso de Chuck Norris o de Stallone, los ídolos deportivos, los capos de los carteles y los compañeros de barrio o de banda a quienes se considere como tesos.

El consumo de drogas no es una constante de todas las bandas juveniles. En algunas, incluso, el consumo de alucinógenos como el bazuko es condenado. En las bandas de fuertes, estereotipos como el de Rambo hace que sólo ocasionalmente se consuma «perico» en las «rumbas» o fiestas sociales. Por el contrario, el consumo de bazuko es generalizado en las bandas de chichipatos y de ellos sí puede decirse que muchos de sus integrantes terminan envueltos en actividades delictivas por causa de la adicción al consumo de base de cocaína. En 1987, según una investigación de la Escuela Nacional de Salud Pública, Medellín era la ciudad con más alto índice de personas adictas, con 18 por mil habitantes, seguida por Cali con 12 por mil, y Bogotá con 3 por mil⁸.

En esta subcultura de las bandas juveniles, es también perceptible una ruptura con la tradicional sacralización de la muerte predominante en nuestra cultura. Pero frente a los rituales de muerte practicados por las bandas, se deben hacer las siguientes diferencias: de una parte,

en relación con las víctimas a quienes se ataca; y de otras, la relación con la muerte de sus propios compañeros, de los parceros.

María Victoria Uribe, refiriéndose a los casos de muerte violenta en Colombia, anota:

Ahora a la gente se le mata de manera rápida y efectiva. Dispara al tórax y punto, sin manipulación del cuerpo, como la había en otra época. A nadie se le ocurre hoy decapitar al enemigo, cortar le las orejas, o cortar le los testículos y ponérselos en la boca. Simplemente se le mata y ahí se le deja. Es una diferencia sustancial...⁹

Este punto de vista es constatable en el caso de la relación con el cuerpo de personas a las que se les ha matado por contrato, donde se realiza una acción «limpia» y no se tiene contacto con el cuerpo de la víctima. La diferencia con los pájaros y cuadrilleros más bien reside en que ellos mataban a su enemigo, real o simbólico, al rojo o al azul. El sicario, en

cambio, ejecuta un «trabajo». Es decir, por lo general mata a desconocidos.

Los «pájaros» actuaron generalmente a partir de adhesiones simbólicas partidistas o personales a dirigentes regionales, y su acción se ejecutaba en nombre de un orden que se sentía amenazado o se quería imponer. La relación monetaria, cuando la había, se subordinaba a la adscripción personal del ejecutante con su amo y señor¹⁰.

Pero cuando en las acciones está de por medio el cobro de cuentas, deudas de honor o cualquier modalidad de venganza, se realizan múltiples rituales de relación con el cuerpo de la víctima. «Lo mejor es cascar al que se las debe a uno, o a los torcidos», dicen los sicarios cuando se les pregunta qué se siente al matar. Cuando se mata «al que las debe», aparece muchas veces una relación diferente con la víctima, la que se manifiesta de diferentes maneras. Si bien no se realizan los mismos «cortes» de la violencia, han aparecido otras formas

que cumplen en apariencia el mismo objetivo.

Una primera es la tortura. Muchos de los cadáveres que se encuentran en las carreteras de salida de Medellín presentan señales de tortura. Durante el período de la guerra entre los carteles de Medellín y Cali, se realizaron múltiples secuestros, y unos días después los cadáveres aparecían con numerosas huellas de torturas: quemaduras con cigarrillo, golpes con martillo, pequeños chuzones con armas cortopunzantes, inmersión, arrastros por carretera atados a un carro...

La otra modalidad es **matar al muerto**. Esta práctica fue frecuente en la época de La Violencia.

A las víctimas generalmente se les mataba de un tiro, el cual producía la muerte biológica por anemia aguda. Acto seguido se les **contramataba** decapitándolas, para terminar **rematándolas**, efectuándole al cadáver una serie de cortes "post-mortem" que terminaban por desmembrar el cuerpo¹¹.

Una serie de prácticas similares se han realizado en la ciudad de Medellín. Por ejemplo, una manera simbólica de matar el muerto es abalearlo en las velaciones. Ha sucedido que se ingrese a la casa donde se vela el cadáver, se le abalee y se le apuñale, gritando cosas ofensivas contra el muerto y la familia.

La incineración es otra modalidad utilizada:

A la media noche del 22 de febrero de 1987, en una calle del Barrio Santa Cruz, en la comuna nororiental, los cuerpos de tres hombres estaban convertidos en teas humanas. Los familiares de las víctimas intentaban sofocar las llamas pero los criminales impedían que cualquier persona se acercara y para ello circulaban en sus motos alrededor de los cuerpos, amenazando con sus revólveres.

Sólo cuando el fuego se extinguió, los sicarios abandonaron el lugar, en medio del llanto de los deudos y del asombro de los vecinos que no

8 / *El Mundo*, Medellín, 9, abr., 1988.

9 / Garavito, Fernando. *Op. cit.*

10 / Camacho Gonzalo, Alvaro. «La violencia en Colombia». Revista Foro, Bogotá, p.8.

11 / Uribe, María Victoria. *Op. cit.*, p. 90.

podían concebir tanta crueldad en un ser humano¹².

La destrucción del cuerpo del otro busca poner fin a su esencia. Es, como afirma María Victoria Uribe, un canibalismo simbólico. «Mato y como del muerto» es una frase que se escucha con frecuencia cuando se habla en guerras y enfrentamientos entre bandas. Según los habitantes de un barrio popular, uno de los integrantes de un grupo de limpieza tomó sangre de sus víctimas en varias oportunidades.

En el documental «Tú me tumbas, yo te tumbo», de Víctor Gaviria, un joven relata la manera como mató a quien había asesinado a su hermano: «Como yo quedé todo ensangrentado, me lambía de la felicidad». Había cumplido con un deber que lo tuvo obsesionado mucho tiempo.

Es canibalismo simbólico y la crueldad de las formas de venganza, buscan crear una imagen omnipotente de los victimarios. En las historias tradicionales de las barriadas de

Medellín han existido y existen muchos hombres que se recuerdan por su crueldad y por su manera de matar a los bandoleros de los años cincuenta y sesenta.

Muchos jóvenes asumieron la costumbre de la muerte. Primero fue normal ver matar y ver morir. Después matar y morir. Además, las personas vinculadas a diversos tipos de bandas repiten con cierta uniformidad una serie de frases y expresiones que menosprecian la muerte y la aceptan como algo que ha de llegar rápida e inevitablemente. Veamos este ejemplo: «La muerte es lo más sobrado que hay. Cuando yo me muera, a mí me gustaría verme ahí, para reírme de mí mismo» (joven del Barrio Guadalupe).

El Alacrán, actor de la película "NO FUTURO", escribió:

Sigo vivo viendo morir mis amigos
viendo la muerte ronda
¿Será vida ver la muerte tan de cerca?
¿O será muerte vivir tanto?

Esa percepción de la muerte está reflejada en la literatura de los muchachos de las comunas populares.

FIESTA DEL ALMA

La muerte es como una mujer bella
que con sus labios y sus diabluras
te llama
te llama para la tumba
no le huyas
relaciónate con ella
que al fin sólo somos
unos animales de costumbres
y las costumbres sólo nos ayudan
a apegarnos a la vida.
Pero la vida es sólo
una sucia y cochina porquería.
Relaciónate con la muerte
búscala a donde vayas
No le huyas búscala
No le temas
si le temas a la muerte.
*Roger Grajales*¹³.

Igualmente, han surgido una serie de rituales en los entierros de los amigos o «parceros» que denotan cierta ruptura con la concepción tradicional. Si bien casi todos ellos siguen teniendo como centro las

ceremonias propias de la Iglesia Católica, se introducen algunas modificaciones.

La más común hoy en día es la inclusión, en la misa, de la música que le gustaba al muerto. Por ejemplo, asistimos a una misa por el alma de un joven en el barrio Santa Cruz donde los dolientes pidieron al sacerdote que los dejara escuchar la ranchera «Cruz de Madera». A la salida pidieron de nuevo que dejara poner otra ranchera. Varios párrocos dijeron que en la mayoría de los sepelios se hace la misma petición. En la época del mayor auge de las bandas (1986-1990) fueron frecuentes rituales festivos en la muerte. El amigo muerto era despedido con música y rumba.

Todo lo anterior nos indica claramente que el análisis de las bandas juveniles remite no sólo a una crisis socio-económica, sino además, y especialmente, a una crisis existencial. El mero accionar de estos jóvenes es una pregunta al sentido de la vida y de la muerte. Hablamos

12 / *El Mundo*, Medellín, 28, jul., 1988; p. 11A.

13 / Rubén Darío. *Historias de la Calle*. Corporación Región, Medellín, 1991

de una generación que encontró su fuerza en un territorio donde los límites estaban disueltos, donde se hizo evidente la fractura de la sociedad.

La muerte se convirtió en una costumbre, primero para el Estado y el conjunto de la sociedad, y después para los grupos de adolescentes que crecieron en medio de fuegos cruzados y de la indiferencia frente a los cadáveres («muñecos»). Los jóvenes sicarios son el resultado de una sociedad fragmentada al extremo, donde fue evidente la ausencia de una ley social que sirviera de elemento vinculante, desde una perspectiva ética, para fundamentar el respeto al otro y especialmente a la vida. Resultado también de la ausencia de prototipos morales y culturales que renovaran los valores esenciales y propiciaran un ingreso a la modernidad, así como de la influencia múltiple de nuevos actores que hicieron de la fuerza y el afán de lucro los pilares de las relaciones sociales. Las bandas juveniles no son tanto el resultado de la pobreza

como del ansia de riqueza. La violencia juvenil resultó siendo el instrumento a través del cual sectores de la juventud, tradicionalmente excluida, habitantes de territorios vastos, nombrados como sectores populares o comunas, buscaron el reconocimiento del Estado y de la «otra» sociedad.

La violencia, en su contrasentido, también sirvió para que la «ciudad olvidada» empezara a figurar en el mapa de las representaciones colectivas. Para que los medios de comunicación se preguntaran por sus fuentes olvidadas. Para que se hiciera evidente la inequidad socioeconómica, y se tuviera que nombrar el drama de los más pobres. Y para que el Estado, que durante años asumió los barrios como un asunto de policía, se interrogara por su legitimidad y su manera de relacionarse con los pobladores.

MEGALOPOLIS Y DESECHOS TOXICOS

Es común hoy afirmar que la cuestión ecológica está alcanzando niveles planetarios, al menos en las instancias previstas para resolver sus problemas. La última reunión de Río de Janeiro AMBIENTE Y DESARROLLO demostró que el nuevo orden mundial se expresará fácilmente cuando se cumplan las resoluciones sobre los aspectos del calentamiento de la atmósfera por efecto de los gases de invernadero, la pérdida de la biodiversidad, la capa de ozono y el transporte transfronterizo de desechos tóxicos. En este último aspecto, se han hecho esfuerzos para poner en orden un comercio mundial que afecta a un sinnúmero de personas e involucra millones de dólares.

Uno de los subproductos básicos de las grandes áreas metropolitanas es este tipo especial de desechos que proviene fundamentalmente de instalaciones fabriles, pero también de los lodos de las plantas de tratamiento de aguas servidas de los sistemas de cloacas.

Omar OVALLES

En el caso venezolano, si bien estamos reglamentados por el Decreto 1800 que prohíbe el transporte transfronterizo, todavía no se ha ratificado el Convenio de Basilea y recién ahora comienza a hablarse de un sistema nacional de desechos especiales.